

LOS PROFETAS

El corazón del Antiguo Testamento está representado por tres elementos esenciales: (I) La misión de Abraham, (II) La obra de Moisés, y (III) el mensaje de los Profetas. Hoy hablaremos de este último.

Desde el tiempo de los Reyes, entre los hebreos, se habían venido haciendo notar individuos dotados de poderes singulares. En los tiempos antiguos se les conocía con el nombre de “videntes”. Veían, en efecto, lo que estaba oculto al común de los hombres; habitados por el espíritu divino, proferían palabras misteriosas, advertencias, presagios, amenazas, y algunos de éstos se salían de su campo particular y remontaban a los grandes principios, defendiéndolos o atacándolos. Se decía que Dios hablaba por su boca. La “videncia” se había hecho, en cierto modo, profesional llegando a existir verdaderas escuelas de adivinos, y no era raro que en algunos de estos grupos estallasen delirios colectivos, y que bajo la emoción de la música y tal vez bajo el efecto de algunas drogas, estos portadores de la palabra del espíritu se deshicieran en discursos. Es fácil imaginar las imposturas a que esta institución daba lugar.

Es en estos medios mistificados en donde van a surgir las personalidades religiosas más vigorosas y admirables, los *Profetas* que hablan realmente en nombre de Dios. Ellos mismos no quieren que se les confunda con aquellos cofrades más o menos con aire de derviches. “¡Yo no soy profeta ni hijo de profeta!”, grita Amós (Amós, VII, 14), queriendo dar a entender que él no es de la profesión.

Si la era profética puede comenzar en la época de los Reyes, será a partir del año 800 y durante tres siglos, cuando este espíritu anime a un conjunto de hombres extraordinarios entre los cuales figura uno de los más grandes genios de la humanidad, Isaías. Se les suele llamar *Profetas Escritores*, porque dejan en la Biblia su propio testimonio escrito. Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel son los cuatro *grandes*. Hay asimismo doce *pequeños*.

Aislados, inconformes, los Profetas no tienen más guía que su pasión por lo Absoluto. Pertenecen a todos los medios y es muy variada su psicología. Pero, tienen entre sí un gran parecido: porque todos conciben su papel de la misma manera. Israel los ve pasar, terribles y pintorescos; vestidos con burdas pieles o con un manto de pelo de cabra, viviendo con extremada

simplicidad. No respetan ninguna de las convenciones mundanas. No obstante, el pueblo los ve con inquieto respeto. Los reyes extranjeros –los propios asirios- no son indiferentes a su prestigio. A todos disgusta lo que dicen, pero sienten que un poder extraordinario habla en ellos.

La propia palabra “profeta” resume lo esencial de su ser. El término designa en griego al “que habla en nombre de alguien”. Ellos son, pues, los “portavoces de Dios”. Comienzan todas sus profecías con las fórmulas: “Oráculo de Yahvé” o “Yahvé dijo”. Su boca profiere, a pesar de ellos, las palabras terribles. Su estilo está determinado por esa fuerza incomprensible que los anima, y, como en todos los inspirados –sean árabes, griegos o romanos-, toma la forma rítmica de la poesía.

Son hombres de acción y lo que dicen hace crecer su influencia. Nunca tiene su doctrina carácter abstracto: surge del choque con las circunstancias en ardientes polémicas. Pero, de tales frases dictadas por las necesidades, brota una poesía sublime de la que no han cesado de proceder hasta nuestros días los más grandes poetas.

Tales hombres han sido inspirados directamente por Dios. Ahí reside su misterio. Su secreto, como el de los místicos, no está en las apariencias más o menos extrañas bajo las cuales se presentan a nosotros. Éxtasis y visiones no son sino signos externos. Dios se manifiesta en ellos según leyes que se nos escapan. Introducidos a un universo en el que un hombre normal no penetra, sentimos su grandeza como algo extraordinario, absolutamente misterioso.

EL ESPÍRITU DE PROFECÍA

En aquella sociedad israelita del tiempo de los Reyes, amenazada por las peores enfermedades espirituales, van a entrar los Profetas como el bisturí en la carne. De todos los elementos de resistencia que el pueblo elegido opone a las fuerzas de disgregación, los Profetas son, con mucho, el más eficaz. Nada los detiene. Jamás se doblegan. Provocan, por ello, en su contra, resistencias feroces. Los poderes, el sacerdocio y el Estado, tratan duramente a estos rebeldes del espíritu. Y en verdad tenían razones para temerlos. “Lapidados, aserrados, torturados”, decapitados por espada, encarcelados, su testimonio es análogo al de los mártires y por razones parecidas. Hablando en nombre de Dios, rompen abiertamente con la sociedad, con el conformismo.

Si se toma en conjunto la religión de los Profetas (teniendo en cuenta los matices resultantes de las diferencias individuales y de una evolución que abarca varios siglos), no se puede dejar de admirar la ampliación que sin romper la línea espiritual, operaron en el antiguo monoteísmo hebraico. Tal es su papel histórico fundamental.

Yahvé es para ellos no sólo el Dios único, el ordenador, el Creador de todas las cosas; es, sobre todo, el Dios interior, aquel cuyo verdadero templo es el corazón del hombre y que no conoce sino la exacta justicia. Esta afirmación bastó para ponerlos en ruptura con sus contemporáneos. ¿Podía, acaso, el Dios de Israel abandonar a sus hijos y repudiarlos? Sí, responden los Profetas, porque Israel ha sido infiel, no sólo en la letra sino en el espíritu, al violar la justicia y el amor. La idea del castigo y de la destrucción del pueblo elegido constituía un intolerable escándalo; pero, al precio incluso de su vida, los Profetas sostienen su posición: ¿No es la ruina de Israel la mejor prueba de la universalidad del Todopoderoso?

Dios dirige el universo entero. Nada [se] le escapa. Es superior a toda criatura, indescriptible, trascendente. Pero es, sobre todo, el Dios santo, “tres veces santo”, según Isaías. La justicia es su voluntad, la equidad su elemento. Todo lo que atenta contra el derecho le ultraja. Amós, Isaías, Miqueas, repiten que el verdadero culto a Dios consiste en ser justo.

En la justicia divina se señala ya, sin embargo, el carácter superior de la equidad que es el ser misericordioso. La caridad de Jesús está en potencia en el mensaje profético. Yahvé exclama en voz de Jeremías: “Vuélvete, rebelde Israel; no tendré para ti un rostro severo, porque soy misericordioso y mis furores no son eternos”. (Jer., III, 12).

En esta concepción hay una inmensa esperanza. No, gritan Jeremías y Ezequiel, no es verdad el dicho de que “si los padres han comido agraces, los dientes de los hijos sufren irritación”. Cada quien no es responsable sino de sí mismo; será juzgado según sus propias acciones. Si la expiación es suficiente, Yahvé perdona. Cuando los israelitas hayan alcanzado el fondo del dolor, Dios “hará sobre ellos una aspersión de agua pura y serán lavados de sus abominaciones”. (Ezequiel, XXXVI, 25); “Sacaré su corazón de piedra y lo reemplazará por un corazón de carne” (id., 26), y pondrá en ellos su propio espíritu.

Esta concepción admirable constituye la grandeza de los Profetas de Israel. Varios años antes de Confucio y de Buda, y de una manera que puede considerarse única, realizaron plenamente la síntesis, ya indicada por Moisés, entre la moral y la religión.

Por otra parte, los Profetas de Israel afirmaron en términos grandiosos lo que los griegos no lograron descubrir: la necesidad de dar al mundo mismo una significación moral. Ante la injusticia y la violencia triunfantes, ante todos los escándalos que son parte del tejido de la historia, los Profetas jamás se resignan. Enseñan el respeto a la desgracia. Tiene palabras de infinita misericordia para los “pobres de Dios”, los débiles de la tierra”, los “oprimidos”. Habló por sus labios el espíritu de pobreza.

¿Cómo penetró su mensaje en la sociedad a la que iba dirigido? En el curso de los siglos los Profetas tuvieron sucesivamente tres actitudes. Los primeros fueron encargados sólo de hacer amonestaciones, de poner en guardia contra las tentaciones manifiestas. Si Israel peca, vendrá el castigo. Anuncian, por lo general, desgracias individuales. Como las que pesarían sobre David para la expiación de sus culpas.

Pero la infelicidad crece, se hace general. El pueblo entero peca, y es el pueblo entero el que debe ser castigado. Desde entonces, la voz terrible profetiza la catástrofe. Israel no podrá escapar a ella. Actitud desoladora, escandalosa a los ojos de los hombres... El asirio, el babilonio no son sino instrumentos de la cólera divina. El enemigo vendrá de todas partes: del Norte y del Sur, del mar, del desierto, de la horrible tierra... Es a través del dolor expiatorio como Israel se ha encontrado a sí mismo, y si estos acontecimientos catastróficos no hubiesen tenido lugar, lo más probable es que hubiese perdido su carácter único.

Entonces, cuando la fuerza brutal, ejecutando las sentencias divinas, hunde en la miseria al pueblo de la promesa, es esta misma promesa la que los Profetas van a recordar. Ellos insistirán en la predilección de Yahvé, en su amor que los castigos mismos manifiestan. Reconciliados con el yahvismo nacional que la prueba ha espiritualizado, aparecerán como los campeones de la verdadera religión. “La ley y los Profetas” no serán ya separables.

La existencia de los Profetas está estrictamente limitada en el tiempo. Aparecen y desaparecen. [Un] día llegará en que el Salmo (LXXIV) gima: “Ya no hay Profetas. Nadie sabe ya las cosas”. Sin duda, porque ya habían dicho todo lo que tenían que decir... Su palabra había salvado el alma de Israel, quemada por la sed del pecado, sus fuentes han sido desde entonces “fuentes de agua viva” en las cuales la humanidad no ha dejado de mojar sus labios”.